

PRÓLOGO

Desde Borges el arte de prologar un libro se enfrenta a severas exigencias. Hay que evitar la *oratoria de sobremesa* y rehuir las *hipérboles irresponsables*. Si los astros son propicios –recordaba el escritor argentino- el prólogo es *una forma subalterna del brindis* o una *especie lateral de la crítica*.

Vaya por delante que el autor de este prólogo no conoce personalmente al autor del poemario. Esta circunstancia impide que su contenido se pueda ver mediatizado por las sagradas leyes de la amistad, que prevalecen siempre frente a cualquier aproximación objetiva. Pero no comparte tampoco este prologuista la condición de poeta, por lo que su juicio de valor no puede responder a la *complicidad* ni a cualesquiera parámetros de técnica literaria.

La única *legitimación* que puede exhibir quien suscribe para arrogarse la tarea de prologar este libro es su pasión por la poesía. Ya se entiende que la pasión no es garantía ninguna ante un reto semejante. Más bien al contrario, puede agudizar las limitaciones de quien se deja arrastrar por ella. Sirvan estas palabras como advertencia para enfatizar una idea elemental: el lector de este libro hará bien en adentrarse sin más en su lectura obviando las palabras que lo preceden. El disfrute está asegurado.

En efecto, lo primero que viene a la memoria según se avanza en la lectura de este poemario son aquellos versos de Rosalía de Castro cuando clamaba: *“¡Poeta! En fáciles versos/y con astro que alienta los ánimos/ven a hablarnos de esperanzas,/pero no de desengaños”*. Con demasiada frecuencia los poetas, haciendo oídos sordos a este sabio consejo, en lugar de *devorar en silencio sus penas y sus afanes*, tienden a amplificarlos a través de los versos. No así Victorio Zamora Martínez, que nos regala un libro luminoso donde no hay espacio para amarguras y pesares.

El título –*Confites de Vida*- anticipa ya la orientación de la obra. No hay que pensar sólo en la acepción literal del término. *Confite* es una golosina consistente en frutos secos recubiertos de caramelo de azúcar, las populares *peladillas*. En no pocas culturas son un regalo tradicional, envueltas en bolsa de muselina, en la celebración del bautismo o la boda. Los hay también de semillas de anís, de hinojo o de cilantro. Pero tengo para mí que el autor rescata *además* esta palabra, tan poco transitada, por su sentido coloquial: al decir de la Real Academia Española, *personas que comparten una amistad o una ganancia*.

Y es que el autor nos invita con su obra a compartir los dones que dan sentido a la existencia: *“porque la vida es vida si comparte”*, se le escapa en un verso. El propósito que le guía no es otro que *“tender a los demás un corazón/cargado con la paz de un alma buena”*. Diríase que el poeta no quiere sino *“declararle a la Tierra sus afectos”*. Y a fe que lo consigue.

El poemario es una declaración de amor a la vida que despliega sus aromas en todas direcciones con efectos contagiosos. Es o está claro que el autor *“se dejó llevar por la alegría/de ver amanecer a todas horas”* y canta sin rubor a aquellas manifestaciones de la existencia cotidiana que ensanchan el espíritu: el cariño, la contemplación de la naturaleza, la amistad, la fraternidad, esos *“frutos de raíces verdaderas”* a los que se alude en algún verso.

Esta lección de vida nos la brinda su autor *“sin que nadie lo pida ni lo pague”* y viene como la suave brisa *“con la fragancia de un rumor/envuelto de caricias cuando sopla”*. No es difícil adivinar de dónde nace el impulso lírico que alienta su pluma.

Esta estrofa nos proporciona una pista clara de la savia de que se nutre el poeta: *“Qué bien sentirse bien consigo mismo,/trascender un instante tanta prisa,/sentir cómo discurre la mañana,/la tarde, ese airearse nuestra dicha”*. Late también una vivencia amorosa que aflora donde menos se espera: *“amanecer al son de una sonrisa/que cala el espíritu y los huesos”*, o también, *“se quedaron prendidas a sus ojos/las ganas de vivir para besarla”*

Pero no ignoremos tampoco el sentimiento religioso que subyace entre líneas. En el poema *La Luz* el autor confiesa: *“¿No veis que la verdad es sólo una,/ y, en bandejas de Sol, Dios nos la sirve?”. En otra de sus ensoñaciones, el autor advierte que las hojas del tomillo desatan “fragancias en la paz y amor de Cristo”. No puede ser ajeno a la fe ese verso feliz - “unta el sol las mañanas de domingo” - con que se abre un poema. Y luego está “Cúpulas de la oración”, donde el poeta da rienda suelta a su credo.*

Anotemos por último algunos gozosos hallazgos poéticos. Cuando Zamora Martínez se refiere al enigma de su amor como *“ascua de amanecer, lumbre encendida”*; cuando dice que la gota de agua *“despierta siendo pétalo y rocío”*; o cuando afirma que en la flor se proclama *“la luz que teje sola en el zaguán”*. Nada, en suma, como dejarse llevar por los versos, *“llenar nuestro zurrón de amaneceres”* y sentir *“cómo palpita el Universo”*.

No es la poesía de Victorio Zamora, pese a lo anterior, una poesía bucólica, naturalista o insensible a las miserias del mundo. El poeta es muy consciente de las amenazas que se ciernen sobre el ser humano: *“Porque los años pesan*

sin parar/y los peldaños, duros como piedras,/se elevan en obstáculos de amor,/sin que nadie los salte ni los venza”. También en su entorno “reina la torpe oscuridad/oculta en los mercados y balanzas”.

Pero el poeta no se deja vencer ni se muestra insolidario. Estos versos, tan hermosos, revelan la actitud vitalista de Victorio Zamora Martínez para sobreponerse a los avatares con los que el destino nos pone a prueba: *“¡Que nadie tire al suelo su dolor!./que se agache, lo bese y lo recoja./¡Salve el hombre su alma y su razón,/hasta mojar las nubes más hermosas”*. No en vano en el recuerdo del tiempo que se fue prevalecen *“los ratos con sabor a golosina”*

En su despedida, el poeta nos deja estos versos a modo de recapitulación: *“Y concluir que mereció la pena/pasar por esta tierra bendecida,/ amar hasta dejarse seducir/por esta brizna de aire que respira”*.

El poemario que se prologa debe buena parte de su impacto a *la forma* que revisten sus versos. A diferencia de otros libros anteriores de Victorio Zamora Martínez –*“La familia bendecida”* o *“Piedras azules”*- en que los poemas no respondían a una estructura unitaria, *“Confites de vida”* presenta en su revestimiento exterior ciertas características *formales* que lo singularizan y lo dotan de una extraña originalidad.

La casi totalidad de los poemas se componen de 32 versos, esconden una rima *atípica* que acentúa su musicalidad y ofrecen inequívocas *simetrías*. Por ejemplo, es frecuente que el discurso poético se asiente en *triadas* que trazan un ritmo absorbente. Del rostro de la amada el poeta recuerda *“sus ojos, su dulzura, su mirada”*; el cariño de la madre se siente *“sin peros, condiciones, ni premisas”*; las alas de mariposa vuelan *“sin tiempo, sin medida, sin rencores”*; la vida más hermosa no es más que *“trabajo, buen hacer, amor sin tregua”*; los pájaros llevan en su pico *“instinto, claridad, amor salvaje”*; las notas musicales vibran *“en arpas, primaveras, clarinetes”*. Y así podrían registrarse un sinnúmero de citas.

Estamos ante una poesía verbal que evoca aquello que gustaba contar Jorge Luis Borges a propósito de estos versos de su paisano Jaimes Freyres: *“Peregrina paloma imaginaria/que enardeces los últimos amores;/alma de luz, de música y de flores/peregrina paloma imaginaria”*.

Decía Borges que esta estrofa, que no dejaba de recordar ni un solo día, *“no significa nada, pero significa todo, como la música”*.

Por refrendar esta idea, cabe añadir que se trata de una poesía con una rara capacidad de hipnosis que reivindica los valores eternos que deberían presidir nuestros actos y que transporta al lector a un universo de sabores primarios. ¡Qué alentador ver a un poeta entregado a la dicha de vivir y que nos hace felices a todos con su arte!

Hasta aquí llega este prólogo, pero no sin una advertencia final. Haciendo mío el *presente* que Victorio Zamora Martínez nos regala en uno de sus poemas, me permito dirigirme al lector, ahora ya en primera persona, para decirle sobre este libro: “*No dudes en abrirlo despacito/mirar en su interior al desatarlo,/procura no perder ningún detalle/y vive como un niño entusiasmado*”. Que así sea.

Antonio Castán Pérez-Gómez

Abogado

Profesor Universidad Pontificia Comillas